



¿CÓMO PUEDEN LOS CRISTIANOS RESOLVER MEJOR LOS CONFLICTOS?

Necesito algunas citas sobre lo que Elena G. de White dice acerca de cómo la discusión puede resolver los conflictos. Lo necesito para un proyecto escolar, pero sin duda, utilizaré la información para mi vida personal.

El siguiente pasaje puede serle útil. Se encuentra en *Patriarcas y profetas*, capítulo 48, páginas 496-498. Es posible que desee retroceder y leer la parte de la historia que precede a este pasaje para tener el cuadro completo.

También puede serle útil un capítulo de *Obreros evangélicos* en la sección *Nuestras relaciones mutuas*, bajo el título *La disciplina en la iglesia* (pp. 515-519). Se trata de la forma de resolver los conflictos, malentendidos, y males en la iglesia. En esencia, el consejo de la señora White era seguir las instrucciones de Jesús en Mateo 18. Esta es la cita de *Patriarcas y profetas*:

¡Cuán a menudo provienen serias dificultades de una simple interpretación errónea, hasta entre aquellos que son guiados por los móviles más dignos! Y sin el ejercicio de la cortesía y la paciencia, ¡qué resultados tan graves y aun fatales pueden sobrevenir! Las diez tribus recordaban cómo, en el caso de Acán, Dios había reprendido la falta de vigilancia para descubrir los pecados que existían entre ellas. Ahora habían decidido obrar rápida y seriamente;

pero al tratar de evitar su primer error, habían llegado al extremo opuesto. En vez de hacer una investigación cortés para averiguar los hechos del caso, se habían presentado a sus hermanos con censuras y condenación. Si los hombres de Gad y de Rubén hubieran respondido animados del mismo espíritu, el resultado habría sido la guerra. Si bien es importante, por un lado, que se evite la indiferencia al tratar con el



pecado, es igualmente importante, por otro lado, que se eviten los juicios duros y las sospechas infundadas.

Muchos que son muy sensibles a la menor crítica dirigida contra su propio comportamiento, dan, sin embargo, un trato excesivamente severo a las personas a quienes consideran en el error. La censura y el oprobio no lograron jamás rescatar a nadie de una opinión falsa, sino que más bien han contribuido a alejar a muchos del camino recto, por haberlos inducido a endurecer su corazón para no dejarse convencer. Un espíritu bondadoso y un comportamiento cortés, afable y paciente pueden salvar a los descarriados y ocultar una multitud de pecados.

La prudencia manifestada por los hijos de Rubén y sus compañeros es digna de imitación. En tanto que se esforzaban sinceramente por hacer progresar la causa de la verdadera religión, fueron juzgados erróneamente y censurados con severidad; pero no manifestaron resentimiento. Escucharon con toda cortesía y paciencia los cargos que sus hermanos les hacían, antes de tratar de defenderse, y luego les explicaron ampliamente sus móviles y demostraron su inocencia. Así se arregló amigablemente la dificultad que amenazaba tener tan graves consecuencias.

Aun cuando se los acuse falsamente, los que están en lo justo pueden permitirse tener calma y ser considerados. Dios conoce todo lo que los hombres no entienden o interpretan mal, y con toda confianza podemos entregarle nuestro caso. Él vindicará la causa de los que depositan su confianza en él tan seguramente como sacó a luz la culpa de Acán. Los que son movidos por el espíritu de Cristo poseerán la caridad, que todo lo soporta y es benigna.

Dios quiere que haya unión y amor fraternal entre su pueblo. En la oración que elevó Cristo precisamente antes de su crucifixión pidió que sus discípulos fueran uno como él era uno con el Padre, para que el mundo creyera que Dios le había enviado. Esta oración conmovedora y admirable llegaba a través de los siglos hasta nuestros días, pues sus palabras fueron: «Pero no ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos» (Juan 17: 20). Aunque no hemos de sacrificar un solo principio de la verdad, debemos procurar constantemente ese estado de unidad. Es la evidencia de nuestro carácter de discípulos de Jesús,



de Investigaciones White, UNADECA

pues él dijo: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos con los otros» (Juan 13: 35). El apóstol Pedro exhorta a la iglesia así: «En fin, sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables. No devolváis mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados a heredar bendición» (1 Pedro 3: 8, 9).

Obtenido de:



101 Preguntas Sobre Elena G. White y sus escritos

Autor: William Fagal

ISBN 978-1-61161-130-4

1^{era} Edición: mayo 2013

Página: 145-147